

# LA DINÁMICA COMUNITARIA EN LA VIDA RELIGIOSA MARIANISTA

## Reflexiones desde una perspectiva psicosocial

### 1.- La “dinámica comunitaria” y sus dimensiones

Hablar de dinámica comunitaria implica referirse a diversos aspectos que la conforman. Desde la organización externa y cotidiana de la vida de una comunidad, pasando por el entramado de relaciones interpersonales y grupales, hasta la estructura latente que subyace a la estructura manifiesta de todo grupo humano, son elementos de la dinámica comunitaria.

Estas diversas dimensiones podríamos describirlas de la siguiente manera:

#### a. la dinámica “externa”:

Es la realidad fenomenológica de la dinámica comunitaria, y a la cual normalmente nos referimos. Se sustenta en una estructura de convivencia (con algunos elementos básicos presentados por la Regla de Vida) que varía según diversos estilos, y que presupone ciertos “acuerdos” (impuestos, heredados o consensuados) en cuanto a horarios, distribución de servicios, programación de actividades. Los “roles” de superior y administrador juegan un papel importante en esta estructura.

El resto de los roles se distribuyen de acuerdo a diversos criterios: por orden alfabético (generalmente la responsabilidad de la liturgia), por pedido u ofrecimiento en la elaboración del proyecto comunitario al comenzar el año, por tradición (desde que alguien está en una comunidad siempre lo ha hecho) o por iniciativa voluntaria (este verano me ha sorprendido escuchar de varios hermanos ancianos en diversas comunidades: “Si no lo hago yo, no lo hace nadie”).

Es sobre esta dimensión de la dinámica comunitaria donde normalmente nos centramos cuando se trata de evaluar, mejorar, cambiar o “aggiornar”. Y todos conocemos dos tendencias opuestas: la que busca reafirmar el cumplimiento del reglamento establecido (sobre todo en lo referido a horarios y actos comunes), y la que tiende a una flexibilidad que responda a la misión y a la vida moderna, optando más por la calidad de los momentos intensivos que por la cantidad de actos establecidos.

#### b. la dinámica interpersonal:

Poco a poco hemos ido incorporando a nuestros análisis de la dinámica comunitaria la evaluación de las relaciones interpersonales, como un dato revelador del “estado de salud” de nuestras comunidades. Y aún más, se le da carácter de autenticidad a la comunidad cuando es posible una comunicación interpersonal adecuada, un diálogo sincero y abierto, unas relaciones personales sanas y pertinentes.

Un tema que pertenece a esta dimensión es la aceptación de los condicionamientos que los miembros de la comunidad le “aportan”. Un tema recurrente en los “pasillos” y en las reuniones de los consejos de unidad al prever el personal del año siguiente.

Edad, formación, cultura, personalidad, carácter, experiencia,... se presentan como condicionamientos de la dinámica comunitaria ideal. Más allá de una sabia cuota de humildad y aceptación de nuestra realidad, el problema es que muchas veces lo condicionante se presenta como determinante, y ya no es posible hablar de “dinámica” comunitaria.

El conflicto aparece como un fenómeno típico de esta dimensión relacional. Su resolución (que para algunos consiste en evadirlo y para otros en llevarlo al extremo) es un indicador del dinamismo interno de una comunidad. En general, es un aspecto en el que nos hemos formado y ejercitado poco, y en nuestras comunidades suelen quedar muchas huellas históricas de conflictos no resueltos o no elaborados adecuadamente.

c. la dinámica personal:

Pocas veces nos detenemos a mirar un poco más allá de lo que fenomenológicamente percibimos o de lo que vincularmente experimentamos. Hay una dimensión personal de la dinámica comunitaria que no podemos dejar de reconocer (aunque ciertos esquemas de vida religiosa la desecharon deliberadamente). O mejor dicho, hay tantas dimensiones personales como miembros tiene una comunidad.

Hay estructuras personales básicas que todos los seres humanos portamos. No podemos negar la influencia que las proyecciones y las transferencias de nuestras propias dinámicas familiares tienen en nuestra vida comunitaria. Y si las negamos estarán aún más presentes.

Esta realidad, más profunda (a nivel psicológico) aparece en los primeros pasos de la formación en la vida religiosa, (en la relación con el formador, con los iguales, frente a la ansiedad de ser evaluado y aceptado, etc.). Pero reaparece una y otra vez en la vida, sobre todo en los momentos de crisis o cambios de etapa evolutiva. He conocido un religioso sacerdote (hombre maduro y muy valorado) que a los 65 años descubrió que toda su vida religiosa había sido un repetir el rol y el mandato que había recibido en su familia. Y más aún descubrió que la misma dinámica comunitaria le había ayudado a perpetuarlos. Una perspectiva nueva que cambió radicalmente su posibilidad de vivir personal y comunitariamente con mayor libertad y autenticidad. Una nueva autoconciencia, que como él manifestaba, había sido posible gracias a una nueva etapa que comenzaba a transitar: el camino hacia la jubilación.

d. la dinámica comunitaria inconsciente:

Aún podemos dar un paso más en el análisis de la dinámica comunitaria. Como miembros de una organización a diferentes niveles (comunitario, regional, provincial, congregacional), compartimos una estructura y una dinámica propia, que nuestra historia e experiencia ha ido cuajando. Poco hablamos de esta realidad, que compartimos con cualquier otro tipo de organización humana.

En el campo de la investigación psicosocial se han desarrollado diversas propuestas en este campo. Es un tema que en los últimos años está encontrando diversos caminos de exploración y conceptualización. No se trata del ya clásico inconsciente colectivo junguiano, que explora los elementos míticos arquetípicos de la humanidad que permanecen en la estructura inconsciente individual.

Imágenes organizacionales latentes, mandatos y roles recibidos, exigencias y expectativas no satisfechas que se transmiten de generación en generación, temores y tabúes, modelos incuestionables... son elementos de una especie de “inconsciente organizacional-comunitario” que influye en nuestra dinámica comunitaria.

Esta clasificación que desde el punto de vista fenomenológico descriptivo nos puede hacer pensar en una estratificación de estas dimensiones de lo más externo a lo más interno (de lo más consciente a lo más inconsciente, en lenguaje psicológico), y que se presenta a nivel estructural en modo complejo e interdependiente, encuentra su unidad en una única realidad en el nivel dinámico.

## **2.- Algunos conceptos que pueden ayudarnos a profundizar la comprensión de la dinámica comunitaria**

A continuación presentaré algunos conceptos (sin detenerme en un exhaustivo desarrollo de los mismos) que pueden ayudarnos a completar esta descripción de la dinámica comunitaria. Recorro a propuestas de diversa procedencia, con el objetivo de encontrar algunos elementos que nos ayuden a comprender “lo dinámico de la dinámica”. No los aplico directamente a la realidad de la comunidad religiosa marianista, sino que los presento tal como se manifiestan en cualquier situación grupal u organizacional.

### **2.1. Indicadores del proceso de constitución y desarrollo de los grupos: el aporte de la Escuela de Psicología social de Enrique Pichón Riviere<sup>1</sup>**

#### a. Las ansiedades básicas

La psicología social ha individualizado dos miedos o ansiedades básicas que se manifiestan en las situaciones grupales en su dinámica de adaptación al cambio. El primero es el miedo a la pérdida del equilibrio logrado en la situación anterior. Y el segundo es el miedo al ataque en la situación nueva en la que el grupo todavía no se siente adecuadamente instrumentado. Ambos miedos generan un monto de ansiedad que activa respuestas defensivas (en el primer caso de tipo depresivas y en el segundo paranoides).

Estos mecanismos defensivos son un indicador de salud grupal, pero pueden convertirse en respuestas estereotipadas que no permiten la evolución del mismo grupo, y por lo tanto en defensas grupales de tipo patológico.

Frente a la posibilidad de un proceso adaptativo surge la resistencia al cambio con el objetivo de destruir las ansiedades básicas. Así el grupo permanece indefinidamente en la fase de “pretarea”, y no puede avanzar en el desarrollo de la “tarea”. Esta última es la fase que permite elaborar las ansiedades básicas, activar los procesos de aprendizaje y de profundización de la comunicación, y abrir la puerta a la gestión y desarrollo de un proyecto común. No nos estamos refiriendo a una tarea, en cuanto a una actividad o misión específica, sino a la tarea relacionada al ser grupal, la que permite la constitución y el desarrollo del grupo en sí mismo, a partir de la cual adquiere una identidad propia y hace posible un proyecto común. Claro que sólo teóricamente ser y

---

<sup>1</sup> Nacido en Suiza en 1907, se radica en Argentina con su familia a los tres años de edad. Psiquiatra y psicoanalista del grupo fundador de la Asociación Psicoanalítica Argentina. La realidad social lo lleva a desarrollar una teoría y práctica de los procesos grupales tomando aportes tanto del psicoanálisis (Melanie Klein) como de otras escuelas psicológicas y de las ciencias antropológicas y sociales (Moreno, Mead, etc). La Psicología Social propuesta por Pichón Riviere (muerto en 1977) ha adquirido un desarrollo importante en toda la América del Sur y se “estudia” participando activamente de un proceso grupal durante varios años.

hacer pueden ser distinguibles (como en el sujeto individual), pero en la realidad se dan simultáneamente y se determinan mutuamente.

b. Los roles grupales

A la luz de esta dinámica el tema de los roles adquiere una importancia fundamental. El rol es una función social que asume un sujeto y/o que le es adjudicada por los otros. Es así como se estructuran en base a un interjuego de adjudicación y asunción de roles. En este proceso se presentan diversos roles “prescriptos” que serán asumidos por diferentes miembros del grupo según sus características personales. Sin embargo no todos los roles que aparecen “espontáneamente” sirven a una tarea positiva, como por ejemplo los roles de “chivo emisario” o “líder saboteador”.

Es por esto que los roles pueden ser funcionales y operativos, si están al servicio de la tarea grupal, o rígidos y estereotipados cuando la obstaculizan (y están al servicio de la resistencia al cambio y eternizan la pretarea).

El criterio de funcionalidad y operatividad se concreta en la flexibilidad y en la rotatividad de los roles, que son a la vez indicadores de salud grupal.

c. Los vectores grupales

Finalmente rescatamos de la psicología social el concepto de vector, que identifica a cada una de las categorías que describen los fenómenos grupales, y mediante las cuales es posible evaluar su funcionamiento.

Los vectores son seis:

1. **PERTENENCIA:** Es el sentimiento de integrar un grupo identificándose con sus acontecimientos y vicisitudes, a través del cuál los integrantes se visualizan como tales y al mismo tiempo sienten a los demás incluidos en su mundo interno (y a sí mismo en el mundo interno de los demás). Se desarrolla como un paso sucesivo a la afiliación.
2. **COOPERACIÓN:** Es la contribución efectiva, aún silenciosa, a la tarea grupal a partir del ejercicio de roles diferenciados (heterogeneidad de roles y homogeneidad de la tarea). Se caracteriza por la complementariedad y se opone a la competencia.
3. **PERTINENCIA:** Consiste en el centrarse del grupo en la tarea prescripta y en el esclarecimiento de la misma, y se manifiesta en la creatividad que se desarrolla para lograrlo y en la productividad finalmente alcanzada.
4. **COMUNICACIÓN:** es el intercambio de mensajes en el contexto de un mundo de señales que todos saben codificar y decodificar de la misma manera. Puede ser verbal o preverbal (gestos). Incluye no sólo el contenido del mensaje sino también el cómo y el quién del mismo (fenómeno de la metacomunicación).
5. **APRENDIZAJE:** Es la apropiación de la realidad con el objetivo de modificarla. Está íntimamente relacionada con la adaptación activa a la realidad, en cuánto implica una relación dialéctica mutuamente modificante (internamente entre el sujeto y el grupo, y hacia el exterior entre el grupo y el medio circundante).
6. **TELÉ:** Es el clima afectivo grupal que se traduce en transferencias positivas o negativas de los miembros del grupo entre sí o con la figura del coordinador y en la disposición positiva o negativa con la tarea grupal

## **2.2. “El todo es más que la suma de las partes”: el aporte del paradigma Sistémico**

### **a. Definición y características de los sistemas**

A partir de su presentación, en la década del 40 del siglo pasado, la Teoría General de los Sistemas<sup>2</sup> ha tenido repercusiones decisivas en todos los ámbitos de la ciencia. También las ciencias humanas y sociales han acogido esta propuesta y la han desarrollado tanto en los procesos de observación como en las intervenciones organizacionales, comunitarias y familiares.

Se entiende por sistema a un conjunto de elementos y sus interrelaciones, en interacción dinámica en función de una finalidad que lo compone. En los sistemas sociales, los elementos son las personas. Y no se trata de una mera suma de los sujetos (con sus características personales) y sus interrelaciones. El sistema es una nueva configuración orgánica, donde los comportamientos son a la vez causa y efecto, y las leyes que rigen la interacción son la circularidad (y no la clásica perspectiva lineal) y el feed-back permanente (la retroalimentación) que permite el equilibrio (homeostasis) del sistema. El equilibrio no es una experiencia estática sino estructuralmente dinámica.

Los sistemas pueden ser abiertos (si interactúan fácilmente e intercambian fluidamente con el medio), o cerrados (si utilizan solamente sus propias energías y en sí mismos).

Este nuevo paradigma, que responde a la realidad sistémica y holística del universo y de todos sus componentes, rompe con los modelos lineales e individualistas de las intervenciones sociales. Es así que la presencia de patologías individuales, siempre debe mirarse a la luz del sistema en que se manifiesta, porque es una expresión de una inadecuada interacción sistémica.

La Terapia Familiar Sistémica<sup>3</sup> lo ha desarrollado ampliamente y desde diversas perspectivas. Y lo mismo es aplicable a todo grupo que por sus características se constituyen en un sistema permanente (en cuanto al tiempo y a la identidad que configura en sus integrantes).

### **b. Las leyes del sistema: “Las órdenes del amor”**

A partir de la perspectiva sistémica se está desarrollando exitosamente en la actualidad el trabajo terapéutico con las constelaciones familiares ideado por Bert Hellinger<sup>4</sup>. La novedad está en la incorporación en el sistema no sólo de los integrantes actuales del sistema familiar, sino de varias generaciones del mismo y el trabajo con las leyes constituidas por las “órdenes del amor” que inconscientemente se asumen, y que condicionan la vida individual y familiar.

La constelación ve a la persona como involucrada en un sistema que la condiciona, la libera, la esclaviza, la cura o la enferma. Esta es la razón por la cual este método sirve para situaciones tan

<sup>2</sup> La Teoría General de los Sistemas presentada por L. von Bertalanffy, junto con la cibernética y la teoría de la comunicación, han sido las bases del desarrollo de la Teoría de las Organizaciones y de las Escuelas de Psicología Sistémicas, a partir de los años '60.

<sup>3</sup> Fundada a partir de los primeros trabajos de Gregory Bateson, se ha desarrollado en diversos centros como la Escuela Interaccional del MRI de Palo Alto (Watzlawick, Fisch), la Escuela Estructural-estratégica (Haley, Minuchin) y la Escuela de Milan (Selvini-Palazzoli). Estos modelos se siguen desarrollando actualmente, incorporando elementos de las teorías constructivistas y cognitivas).

<sup>4</sup> Nació en Alemania en 1925, estudió Filosofía, Teología y Pedagogía. Durante 16 años trabajó como misionero de una orden católica en Sudáfrica. Más tarde se hizo psicoanalista y a través de la Dinámica de Grupo, la Terapia Primaria, el Análisis Transaccional, diversos métodos de Hipnoterapia, y especialmente la observación del poder terapéutico de las dinámicas comunitarias rituales de algunas culturas africanas, llegó a desarrollar su propia terapia sistémica y familiar.

variadas, y se está aplicando con la misma efectividad en diversas situaciones grupales y organizacionales.

El arte de la constelación está en sacar a la luz aquello que en una estructura grupal es el “aquí y ahora” (hay frustraciones, conflictos, mandatos,...de generaciones anteriores que son reales y actuales en la estructura grupal), buscar la solución para respetar la pertenencia, el equilibrio y el orden, y posibilitar que el sistema genere energía y armonía.

La razón de la rápida difusión de esta propuesta se debe a la necesidad de participar experimentando la técnica para comprender lo que significan las constelaciones y observar directamente el trabajo de transformación del sistema aunque se encuentre presente solamente una persona del mismo. Es una experiencia absolutamente reveladora, también para quienes creemos tener unos conocimientos psicológicos sistemáticos y estructurados.

### **2.3. Crecimiento personal y complementariedad comunitaria: el Camino Psico-Espiritual del Eneagrama**

En los últimos 15 años se ha difundido ampliamente este sistema de tipologías de personalidad, derivado de ciertas tradiciones espirituales y “redescubierto” a partir de los años 70.

Todos hemos oído hablar de él, y de los famosos números.

Lamentablemente la difusión comercial del eneagrama sin una profundización del sistema en sí mismo, y de los fundamentos antropológicos, psicológicos y espirituales sobre los que se sustenta, lo ha convertido frecuentemente en una especie de juego en donde cada uno se encasilla a sí mismo y encasilla a los demás a partir de unas descripciones caricaturescas de las diversas tipologías. Nada más alejado de un sistema que nació para acompañar el proceso de integración personal (asumiendo lo “humano” para desarrollar lo “espiritual”), a partir del conocimiento y la orientación de los dinamismos presentes en cada personalidad. A nivel personal es un verdadero camino de crecimiento e integración psico-espiritual.

También a nivel grupal el eneagrama puede ser una ayuda inestimable. En primer lugar para apoyar el crecimiento de los integrantes a partir del desarrollo y el aporte de las propias capacidades y dones. Y en segundo lugar para impulsar el crecimiento del mismo grupo a partir de la aceptación de las diferencias, el enriquecimiento mutuo a través de la complementariedad y la vivencia de la comunión (representada ya en la simbología circular del eneagrama)

Pero es en este punto donde tenemos que estar atentos. Porque algunas veces no se apoyan los recursos positivos y resilientes, sino que se refuerzan las compulsiones de los miembros del grupo. Esto se da muchas veces como consecuencia de la misma dinámica grupal que expresa así sus inadecuaciones o conflictos no resueltos. Pero también se da conscientemente. Y se convierte así una herramienta verdaderamente eficaz como es el eneagrama, en una dinámica compulsiva y perversa que empuja a la desintegración personal y a la destrucción grupal.

### **3.- Una lectura de la dinámica comunitaria marianista**

Intentar una lectura de la dinámica comunitaria marianista (nos referimos obviamente a la que es propia de la comunidad religiosa marianista) no es una tarea fácil. Además, para ser coherentes con los conceptos antes presentados, implicaría un proceso comunitario.

Por otra parte, hemos hecho ya una lectura a partir de la selección de los conceptos que elegimos para comprender mejor la dinámica comunitaria. Estos conceptos no son los únicos que podemos encontrar en las diversas corrientes psicosociales. La priorización de los mismos se debe a mi propia experiencia de la dinámica comunitaria. A partir de ella, pienso que pueden ayudarnos

a explicar ciertos fenómenos grupales que experimentamos y también ciertas realidades que subyacen a estas mismas experiencias.

Aunque no podamos hacer una lectura exhaustiva de la dinámica comunitaria, me permito enumerar algunos indicadores parciales y quizás descontextualizados, pero que pueden ayudarnos a clarificarnos cómo en la cotidianidad de nuestra vida comunitaria se manifiestan estos diversos fenómenos de los procesos grupales, que esencialmente compartimos con todas las experiencias grupales humanas, aunque por supuesto con la identidad propia de una comunidad religiosa marianista.

- En general nuestras estructuras comunitarias son abiertas y flexibles, nos sentimos personas “normales”, cultivamos tradicionalmente positivos rasgos de “humanidad”, tenemos un contacto y unas relaciones espontáneas y adecuadas con las personas y los ambientes que nos rodean. No tenemos una estructura “exterior” fuerte y disciplinante como otros grupos religiosos, pero mantenemos una fuerte estructura inconsciente que se resiste al cambio y no logra encontrar modos nuevos y creativos de vida comunitaria.
- A pesar del cambio que los marianistas hemos hecho en cuanto a lo que significa la vida comunitaria, seguimos en muchos casos manteniendo estructuras edilicias, horarios,... que siguen respondiendo a otro tipo de estructura.
- La arquitectura de la residencia comunitaria no es ajena a la dinámica comunitaria. Hay casas que funcionan como pensiones, donde cada uno tiene a disposición personal tantos m<sup>2</sup> que no necesita de los espacios comunitarios más que para asistir a los actos comunes. Este tipo de estructuras en general esconden la dinámica comunitaria y la realidad personal de los hermanos, y aseguran la formalidad de la dinámica “externa”. Las residencias comunitarias en casas “normales”, donde la mayor parte del tiempo los hermanos se “cruzan” hacen presente en la cotidianidad la dinámica comunitaria en todas sus dimensiones, y exigen una conciencia y un trabajo permanente de la misma.
- En general, hemos desarrollado positivamente nuestras cualidades y dones personales y adquirido una formación de nivel superior. Pero esta misma realidad, en sí misma positiva, esconde muchas veces fuertes exigencias personales y comunitarias, la imposibilidad de aceptar que algunas veces “no se puede”, la ingenuidad de creer que estamos preparados para todo.
- Somos personas con una definida opción por la libertad personal y el consecuente ejercicio de la responsabilidad. Así se lo entiende cuando uno asume un cargo o una función específica en una de nuestras instituciones o al servicio de la Compañía. Somos generalmente bastante personalistas en nuestras gestiones. E impulsamos que cada uno se haga responsable de sí mismo en su vida personal. El problema está cuándo a quienes no pueden ser responsables de sí mismos, les seguimos exigiendo la misma respuesta (por ejemplo a un hermano alcohólico).
- La separación comunidad-institución, aunque se ha realizado en lo formal, sigue siendo un tema no resuelto en muchas de nuestras comunidades.
- Somos una organización en general bien anclada en el presente y en la misión, y nos ha costado “históricamente” detenernos a mirar nuestra historia, asumirla, aprender de ella. Hemos vivido las últimas décadas grandes cambios positivos. Pero hemos sufrido también situaciones

difíciles que no siempre hemos elaborado adecuadamente como cuerpo. Entre estas “situaciones difíciles” podemos integrar el abandono de la SM de un número considerable de religiosos, conflictos a partir de diversas posturas en relación a nuestra misión, cierre de obras y presencias, la muerte inesperada de algunos religiosos en plena actividad, la obediencia aceptada con espíritu ascético pero que siguen siendo una espina interior, el fracaso de ciertas propuestas “innovadoras”, etc.

El “punto y aparte, no se habla más” o el comentario irónico (en términos duros o jocosos), son signos de realidades no asumidas. Y en este punto teología y psicología se unen para sentenciar que lo que no se asume, no se redime.

- Hemos crecido afirmando que ciertas actitudes y visiones son “marianistas” y otras no. Es cierto que tenemos una identidad bastante definida, ciertos rasgos culturales, que además nos son reconocidos socialmente. Pero muchas veces caemos en estereotipos que en definitiva, expresan una resistencia al cambio (en relación a los cambios adaptativos que la vida nos presenta) y al crecimiento en la tarea de construir comunidad.
- En general vivimos en un clima afectivo tranquilo, nos apreciamos, lo pasamos bien cuando estamos juntos,... pero nos cuesta manifestar nuestros estados de ánimo, nuestras vicisitudes personales, nuestros sufrimientos y nuestras alegrías profundas,... hemos aprendido que no está muy bien expresar nuestras emociones y que lo adecuado es estar “Bien”, “Siempre bien”. Motivados por una pseudopsicología que propone la sentencia incuestionable del “todo está OK”, nos negamos la posibilidad de crecer en autenticidad en nuestras relaciones interpersonales y de acompañarnos en el camino de la vida. Y cuando no nos quedan argumentos válidos invocamos a Dios: “Si uno cree todo está bien”. No estoy negando el valor de la fe y de la esperanza cristiana. Me refiero a otra cosa. Tantos silencios prolongados, tantos síntomas psicósomáticos, tantas relaciones formales y estereotipadas, tantos conflictos “olvidados”, tantas adicciones negadas y ocultadas,... son signos de que no siempre “todo está bien”.
- Las expresiones de afecto nos cuestan mucho, y en algunas ocasiones la delicadeza en el trato de unos con otros se nos escapa. Es interesante cómo para demostrarnos afecto nos decimos cosas que resaltan nuestros defectos y debilidades. No es raro en la bienvenida de nuestros encuentros recibirnos con un “Que llegas tarde”, “Que gordo que estás”,... antes de darnos un fuerte abrazo.
- Nos exigimos mucho unos a otros, y nos cuesta reconocer como tales los dones y las cualidades de los demás, valorarnos positivamente, animarnos unos a otros a seguir desarrollando nuestras virtudes (aunque no entren dentro de nuestras “necesidades institucionales”). Es que estamos convencidos que es parte de nuestro perfil responder adecuada y exitosamente.
- En contraposición muchas veces se refuerzan las propias compulsiones de las personas pidiéndoles (y volviéndoles a pedir) servicios que sacrifican el crecimiento personal integral, en favor de la supervivencia institucional. Para quienes están familiarizados con el lenguaje del eneagrama, digamos que reforzar las compulsiones sería exigirle permanentemente a un 3 que como rector de un colegio o director de una institución mantenga la imagen positiva y exitosa en el ambiente social en el que se encuentra, a un 2 que



se dedique full-time al servicio social, a un 6 que acompañe siempre como superior o como consejero, o pedirle a un 7 que asuma diversas y simultáneas funciones de animación a diferentes niveles.

- Nos cuesta reconocer que somos fruto de una historia, del proceso concreto de la SM en un determinado contexto histórico. O mejor dicho, nos cuesta muchas veces reconocer que desde esa historia somos llamados a seguir creciendo y a no anclarnos en “paradigmas” que no definen la “cultura marianista” como tal, sino que expresan los “rasgos culturales” de la vida marianista de aquel tiempo y de aquel lugar. Al vivir en una comunidad internacional multicultural, uno aprecia rápidamente que mucho de lo que uno tenía incorporado como “marianista” no es universal sino relativo al modelo marianista del cual provienes (son claramente identificables en la actualidad por lo menos tres modelos por su origen: el francés, el norteamericano y el español, que se han transmitido también a las nuevas implantaciones).
- ....

Podríamos seguir agregando puntos a la lectura de la dinámica comunitaria. Pero no se trata, como hemos señalado, de agotar el análisis, sólo de ejemplificar cómo nuestra dinámica comunitaria cotidiana está traspasada de tantos elementos que la hacen una realidad compleja, una entidad sistémica, un organismo social viviente.

#### 4.- Pistas para el crecimiento de la dinámica comunitaria

Llegamos a un punto en el que la complejidad puede darnos la sensación de una realidad inabarcable e incontrolable. El desafío está en reconocer sencillamente nuestra realidad, tal como se nos pide en nuestra vida personal. Reconocernos humanos, marcados por unos contextos (familiares, sociales, geográficos, históricos), condicionados por una herencia genética y por unas experiencias afectivas primarias, modelados por las experiencias de la vida.

A nuestras comunidades muchas veces les falta dar este paso, reconocerse sencillamente humanas. ¡Tanto nos cuesta aceptar que la gracia supone la naturaleza! Y que justamente una mayor conciencia y una apertura a trabajar nuestra dinámica comunitaria, es abrir una puerta a la experiencia profunda y real (y no solo metafórica) “de la primera comunidad de los discípulos de Jesús unidos a María y llenos del Espíritu Santo” (RV 34).

El primer paso es crecer en el conocimiento y en la conciencia de nuestra dinámica comunitaria y sus dimensiones:

- Compartiendo nuestra vida, nuestras historias personales, nuestros sueños y anhelos,... No nos faltan instrumentos y técnicas para empezar. A veces la cuestión es simplemente dedicarnos tiempo. Un par de días al comenzar el año y antes de confeccionar el proyecto comunitario, espacios en nuestros retiros mensuales o trimestrales, en las reuniones comunitarias,...
- Regalándonos espacios lúdicos, de paseo, de ocio compartido,...aprendiendo a “perder el tiempo” en compañía de los hermanos.
- Promoviendo los encuentros y las charlas interpersonales,... a veces organizándolas explícitamente

- Dando espacio para que las historias de los mayores puedan ser contadas y los sueños de los jóvenes puedan ser formulados...
- Observando y relejendo nuestras experiencias comunitarias, y viendo por ejemplo, cómo se repiten ciertos patrones interaccionales, cómo nos adjudicamos y asumimos roles,...
- ...

El segundo paso es trabajar nuestra dinámica comunitaria:

- Organizando sesiones especiales que nos ayuden a través de diversas técnicas y metodologías grupales a crecer en la comunicación, en la expresión de nuestro mundo afectivo, en la resolución de conflictos, en el esclarecimiento de nuestras constelaciones comunitarias,...
- Comenzando nuestros encuentros, asambleas, capítulos,... elaborando las “pretareas” para que podamos construir juntos nuestra verdadera “tarea”.
- Aceptando humildemente la ayuda de un facilitador externo cuando la situación por su conflictividad, estancamiento o nivel de stress lo requiera... (Una decisión todavía rara y difícil en nuestro modelo ibérico-latinoamericano!).
- Compartiendo la vida e involucrándonos integralmente (también afectivamente) en nuestras celebraciones litúrgicas,... lugar privilegiado para la sanación de la dinámica comunitaria
- Haciéndonos corresponsables de la vida de nuestros hermanos y dejándoles ser corresponsables de nuestras propias vidas.
- Ejercitándonos en las orientaciones de nuestra Regla de Vida para la vida comunitaria que son una gran riqueza y que necesitamos encarnar cotidianamente, para que no queden solamente en el “ideal marianista”. Me refiero al espíritu de familia, la necesidad de la reconciliación, el diálogo y la amistad, etc.<sup>5</sup>
- Aprendiendo el arte y la técnica del “discernimiento comunitario”<sup>6</sup>, practicado entre nosotros normalmente como fruto de buena voluntad, pero sin una metodología sistemática y eficaz.
- ....

El tercer paso es asumir nuestra propia dinámica comunitaria:

- Aceptando nuestras limitaciones, nuestros puntos débiles, nuestros condicionamientos,... y desarrollando nuestras potencialidades, nuestras actitudes dormidas, nuestras capacidades olvidadas por la rutina,...
- Desarrollando un lenguaje común y unos ritos propios que refuercen nuestra identidad comunitaria
- Aprendiendo a captar cuándo nos enredamos en nuestras propias proyecciones o cuando respondemos estereotipadamente a las demandas de nuestra estructura grupal inconsciente. No para señalarnos unos a otros sino para que desarrollando juntos esta autoconciencia comunitaria, podamos ejercitar el derecho a relativizar y descomprimir ciertas situaciones grupales, y a reírnos cariñosamente de nosotros mismos.
- Involucrándonos comunitariamente en la celebración de la fe. Una celebración comunitaria de la reconciliación, una oración comunitaria de acción de gracias y alabanzas al Señor por la obra que hace en nosotros, una bendición comunitaria a un hermano que está de cumpleaños, una oración de intercesión por nuestras

<sup>5</sup> Cfr. Cap. III “Comunidad de Vida” de los Libros I y II de la RV

<sup>6</sup> Cfr. RV42

- necesidades reales, la lectio divina compartida (comenzando por el compartir de la realidad propuesto por el método latinoamericano),... son ocasiones privilegiadas para presentarnos con las defensas bajas, darle lugar a Quien es la fuente de nuestra verdadera “inspiración y fuerza” en la vida comunitaria<sup>7</sup>, y aprovechar los efectos terapéuticos que la dimensión espiritual (si es auténtica) regala a la dimensión psicosocial de la dinámica comunitaria.
- La cercanía a los hombres y a las mujeres de nuestro tiempo nos ayudan a ejercitar una mirada misericordiosa hacia nuestra propia realidad, y sobre todo la cercanía comunitaria (aunque sea puntualmente) al mundo de la pobreza y de la exclusión, nos ayudan a despegarnos de tantas exigencias superfluas, y a centrarnos en lo central y necesario.
  - ...

Estos pasos, se encadenan linealmente en una comunidad que comienza, pero se presentan en modo espiralado en nuestras comunidades (ya sea a nivel local, regional, provincial). Cuando asumimos ciertos aspectos de nuestra dinámica comunitaria, descubrimos la necesidad de profundizar el conocimiento de otros, y de profundizar el trabajo de elaboración de los mismos.

## **5.- “El amor fraterno”: principio unificador de la dinámica comunitaria**

Hemos intentado en estas páginas tomar conciencia de lo que implica la dinámica comunitaria y sus diversas dimensiones en nuestra vida religiosa. Estoy convencido de que tenemos un largo camino por delante. La “época institucional” de la vida religiosa ha terminado. La “época comunitaria” se va abriendo paso, aunque lentamente. Los lazos que generaba el modelo institucional han perdido su poder cohesionante. En la refundación de la vida religiosa el ámbito de la vida fraterna en comunidad necesita una verdadera y genuina refundación. Quizás la más profunda, porque en esta nueva etapa de la vida religiosa en general y marianista en particular, no serán los grandes Fundadores o Reformadores los que llevarán adelante personalmente la refundación. Serán las comunidades religiosas que liderarán la refundación, o morirán repitiendo un modelo que ha muerto hace tiempo.

La vida religiosa se ha basado por siglos sobre un “modelo paterno”. Y ya no se trata de seguir buscando Padres para ocupar el lugar del Padre que ya no está. Se trata de encontrarse con los hermanos. El gran desafío desde el punto de vista psicosocial del modelo comunitario de la vida religiosa es pasar del “complejo paterno” al “complejo fraterno”. Este último es el que encuentra sus bases en el Evangelio y en la experiencia cristiana de los primeros tiempos. La propuesta de Jesús es la comunidad de hermanos. Lo demás, aunque nos quieran convencer con diversidad de argumentos, es política posterior.

En un mundo que se siente y vive “huérfano”, la vida religiosa con su esencia carismática y su identidad profética tiene la oportunidad única de ser imagen y testimonio del modelo fraterno.

Claro que esto implica además que comencemos a desinstalarlos de estructuras, mandatos heredados, modos de ejercer la autoridad y de tomar las decisiones, palabras que pertenecen a un lenguaje inadecuado (es increíble que sigamos usando por ejemplo, el término “superior”). Y que comencemos a recrearlos. Ciertamente que este proceso debe estar guiado por una genuina espiritualidad, que hunde sus raíces en la fe cristiana y se alimenta de la identidad carismática. Pero no hay verdadera espiritualidad cristiana sin el dinamismo propio de la Encarnación. Es un engaño pensar que se puede refundar la vida religiosa sólo con una “actitud espiritual” sin un cambio

---

<sup>7</sup> Cfr. RV 37.

concreto en las estructuras. Basta mirar a Francisco de Asís, a Ignacio de Loyola, a Teresa de Jesús y a Juan de la Cruz,... y al mismo Guillermo José Chaminade, quienes entendieron que no era posible ser fiel sin cambiar el modelo. Cambio que comienza con la vivencia de ese modelo y no con su descripción en documentos.

Ahora, si aceptamos que es necesaria la refundación y que ésta viene de la experiencia de vida fraterna en comunidad, ¿cuál será el principio que animará este proceso? Si ya no existe la fuerte cohesión institucional de antaño, ¿qué o quién unificará este camino?.

La respuesta es sencilla. El “amor fraterno” es el principio unificador de nuestra vida comunitaria. La respuesta es incuestionable desde la perspectiva teológica. Pero también lo es para la perspectiva psicosocial. No hay posibilidad de amor verdadero sin una profunda autoconciencia de la realidad de nuestra dinámica comunitaria. Y no hay posibilidad cierta de asumirla sino es motivada e impulsada por la caridad fraterna. Sólo el amor reconstituye, integra, unifica, sana. Desde Freud (que proponía la creación de un “amor” de transferencia para curar las neurosis) hasta las últimas escuelas sistémicas lo afirman categóricamente.

Ya lo dice el cantautor cubano en sus versos (¡y la poesía tiene una capacidad maravillosa de enlazar lo psicológico con lo espiritual!):

*“Sólo el amor alumbra lo que perdura  
sólo el amor convierte en milagro el barro,  
sólo el amor engendra la maravilla  
sólo el amor consigue encender lo muerto”*

La caridad fraterna es don y tarea. Confiamos en que recibimos gratuitamente el don. Pero la tarea nos toca a nosotros. La tarea cotidiana. La tarea que implica tiempo y esfuerzo. La tarea que se sufre y se goza, se desea y se comparte. La tarea que incluye fracasos y la decisión de volver a empezar. La tarea que acepta que la propia realidad humana (en este caso de la dinámica comunitaria), es la tierra dónde se acoge el Don del Espíritu que nos hace comunidad.

Lo decimos en sermones y homilías, lo aconsejamos a parejas y familias, lo proponemos a las personas que acompañamos. Necesitamos hoy vivirlo y encarnarlo también nosotros. Es una necesidad que se siente a lo largo y a lo ancho de la SM<sup>8</sup>. No le demos la razón al viejo Voltaire que describía a los religiosos como aquellos que *“se juntan sin conocerse, viven juntos sin amarse, y mueren sin llorarse.”*

Renovemos nuestra confianza en que

*“Este mandamiento nuevo del amor  
anima toda nuestra vida comunitaria.  
Si lo olvidamos,  
nuestra vida común será fuente de ruina.  
Si él inspira nuestras acciones  
la vida comunitaria irradiará alegría,  
infundirá amor y estima a nuestra vocación,  
atraerá a otros a participar de nuestra vida  
y fortalecerá nuestra dedicación al apostolado.”  
(RV 38)*

### Palabras finales:

<sup>8</sup> La última Circular del P. David Fleming. “Vida marianista en comunidad” nos presenta un buen panorama de la situación comunitaria en la SM y nos plantea sugerentes desafíos.

Tengo la sensación al terminar de escribir este artículo que no termino de cerrar las puertas que he abierto. Por una parte me confirma que realmente es un tema en el que estamos en camino y que nos desafía. Por otra parte me reafirma en la convicción de que la dimensión psicosocial de la dinámica de nuestras comunidades religiosas marianistas sigue siendo una nebulosa, aunque con espacios que van adquiriendo claridad.

Desde el comienzo tuve claro que estas notas estarían marcadas por mi propia experiencia, por la particularidad de mi mirada aún en la propuesta de conceptualización teórica. Por eso las afirmaciones expuestas son provisionarias y necesitan de un proceso de elaboración comunitario. Espero que en los próximos años podamos dar pasos en este sentido, abrimos a una experiencia que nos ayude a vivir más humanamente, a crecer en la comunión a partir de las diferencias, a crear experiencias comunitarias que sean sanadoras y que permitan la acción del Espíritu en nosotros y a través de nosotros.

Agradezco a “Mundo Marianista” que con su invitación me ha ayudado a reflexionar y a sistematizar algunas ideas e intuiciones. Es mi deseo que sirvan de motivación para seguir reflexionando y sobre todo viviendo los desafíos que la “dinámica comunitaria” nos presenta hoy.

© Mundo Marianista